debe procurarse para hacer efectiva la reivindicación moral del indígena.

Como uno de los medios de esta penosa labor correspondiente a las mujeres, debe ponerse en primera fila **la creación de un sistema de maestros rurales ambulantes de ambos sexos.**

¿Esta institución de maestros debe salir del grupo de personas preparadas en las escuelas normales, o deben ser personas especialmente preparadas?

Las misiones religiosas que se preocupan exclusivamente de inculcar ideas y sentimientos religiosos de determinada especie con exclusión de otras enseñanzas y los maestros normalistas que se dedican literalmente a instruir; es decir, a enseñar los conocimientos de las ciencias sin dar especial importancia a la enseñanza práctica de los elementos de civilización con aplicación concreta **a las necesidades primordiales de los menesteres del vivir civilizado**; son pruebas de que no son ni religiosos ni normalistas los mas apropiados para maestros rurales ambulantes de indígenas.

Los maestros ambulantes de indígenas deben ser personas de espíritu abnegado, preparadas al sacrificio, para ser capaces de vivir con cada familia de cada caserío de cada comunidad, de cada pueblo indígena, el tiempo necesario para inculcarles la necesidad de otro género de vida más racional y humana; deben tener más que conocimientos que trasmitir, hechos que enseñar, enseñanzas útiles a la civilización del indígena que repetir; los hombres deben conocer la aplicación de las materias primas de cada región, en la construcción de viviendas higiénicas, de muebles sencillos y de utensilios domésticos; las mujeres tienen que ser expertas en el uso de los artículos alimenticios locales, para enseñar la preparación sencilla de alimentos sanos y nutritivos; en el de las plantas medicinales, de la farmacopea alópata y homeopática, para enseñar a combatir las enfermedades reinantes en cada localidad; tener nociones de puericultura e higiene infantil.

Además, la designación de maestros rurales ambulantes para ser eficaz, debe ser por parejas casadas. Así se evitarían los inconvenientes que pudieran surgir del estado celibatario de los maestros de ambos sexos.

Estas parejas de maestros rurales ambulantes, podrían tener como circunscripción regiones que podrían ser recorridas durante el año escolar, con estaciones en cada grupo de individuos por el lapso de tiempo indispensable para poner en práctica los medios propicios para conseguir la transformación de la psiquis indígena.

En el cuerpo de organización de maestros rurales ambulantes, deben figurar en sitio de preferencia los **inspectores viajeros** que controlen de vista la labor de los maestros rurales ambulantes.

Los cargos de inspectores viajeros, conferidos a personas de honradez reconocida o a pro-indígenas que han demostrado en todas ocasiones su desinteresada labor por la rehabilitación de las razas indígenas, podrían ser una garantía segura de la veracidad informativa de la labor realizada por cada pareja de maestros rurales.

Labores de trascendencia para la vida nacional se tornan inútiles cuando los dineros del fisco se echan en manos de comisionados inescrupulosos que traicionando la confianza en ellos depositada, traicionan los intereses de la patria y la humanidad, por eso las comisiones de inspectores viajeros debe ser objeto de una escrupulosa selección. Sólo así podrá obtenerse el objetivo de la institución de maestros rurales ambulantes, haciendo realidad lo que el actual Jefe de Estado Don Augusto B. Leguía en momentos de espectativas por el porvenir de la Patria Peruana, ha ofrecido con las palabras textuales que siguen: "Yo prometo solemnemente rehabilitar al indio a la vida del **derecho** y de la **cultura**, porque ya es tiempo de acabar con su esclavitud que es una afrenta para la República y un crimen intolerable para la justicia".

Si los gobiernos de las patrias hispano-americanas que tienen dentro sus problemas vitales el de la **rehabilitación de los indígenas** a la vista de cultura y a la vida humana, hicieran semejante promesa y luego la llevaran a la práctica, sería más fácil para las mujeres pan e hispano-americanas contribuir al mejor éxito de la institución de maestros rurales ambulantes, con su apoyo moral y pecuniario, con su concurso personal y abnegado.

Toca a las mujeres reunidas en la 2a. Conferencia Pan-Americana, dar la importancia que entraña para la cultura americana y humana en general, el problema indígena, y si entre los medios de resolverlo tiene cabida la institución de maestros rurales ambulantes, que a mi criterio, sería eficaz manera de poner dentro del alma de las razas indígenas, los anhelos que a la larga pondrían dentro de ellos mismos la necesidad de su propia regeneración física, y de su propia rehabilitación moral y social, me quedaría la satisfacción de haber puesto mi insignificante grano de arena en la reconstrucción del alma de las razas indígenas en la América Española y el débil golpe de mi brazo en la demolición de la última afrenta a la cultura humana.

Miguelina Acosta Cárdenas.

El problema del indio en Bolivia

Para "AMAUTA".

La vida del indio en el altiplano.—Indumentaria y albergue del nativo.—Higiene moral del aborígen.—Algunas de sus costumbres típicas: coca, alcohol y malas comidas.—Sus tendencias hacia la agricultura y la ganadería.—Militarización del indio.—Maestros idóneos para aborígenes.—Ministerio pro-indígena y leyes sociales protectoras de la raza autóctona.

La madre indígena no se preocupa mucho del estado de embarazo porque atraviesa, ni entre los indios ha existido la idea de constituír jamás curador al vientre. Tampoco le causa inquietud alguna el parto, fenómeno natural del que se acuerda sólo cuando se produce y, aún entonces, no toma las múltiples y minuciosas precauciones de la mujer civilizada, para recibir el párvulo, bien acompañada de la obstetriz, el médico y el solícito enfermero, sumiso y dócil, en que suele tornarse el varón, autor de aquel trance, por cierto difícil y doloroso para la mujer.

El rorro indígena llega al mundo casi de golpe y porrazo, sin que le precedan bellos romanticismos de amor ni placentero preparativo de los pañales que recuerde la soñada cuna de marfil y oro, que la imaginación ardiente de una pareja enamorada pudiese aspirar, para que repose en ella, el dulce fruto de sus amores.

Pasan los años y el niño tierno aún, es ocupado en las labores pastoriles en medio de otros "yocallas" (1) con los cuales juega y observa la vida de las ovejas que rumian la paja brava de los cerros, balan y se reproducen en medio del rebaño. Vida primitiva, sencilla, vida animal en que el instinto de la reproducción lo subordina todo y anula las nobles aspiraciones del **homo sapiens**, dejando al nativo al impulso de sus inclinaciones y al empuje de apetitos ancestrales. Apesar de las doctrinas igualitarias de fraternidad, el indio es siempre el paria que recibe los vejámenes y castigos más duros de los latifundistas y poderosos, constituyendo como un ludibrio sangriento de lesa civilización.

La cabaña miserable del indio es un tugurio que más parece un chiquero que la choza de un ser humano. La absoluta carencia de comodidad en su hogar, le obliga al indio a salir de él y entregarse a la holganza, al beso adormecedor del sol, bajo el dombo del cielo azul y el inmenso horizonte que limita la pampa verdinegra y solitaria.

El indio no usa jabón ni sabe los beneficios del aseo; su higiene personal es descuidada. Se acuesta y se levanta vestido, sin sospechar las conveniencias del baño. Dificulta, por su negligencia, la respiración cutánea de tan buenos resultados para la salud. Desconoce el valor vivificante de las fontanas en que el agua cristalína al limpiar la roña del cuerpo, parece dar luz y esperanza al espíritu.

Como consecuencia de su falta de limpieza, el indio es víctima con frecuencia de epidemias como la coqueluche, la variolosis, el tifus exantemático, que hacen estragos, especialmente entre los niños.

La moral del indio, a pesar de su vida miserable, es digna de observación. Ama a sus padres y obedece a ellos ciegamente; se casa tan pronto llega a la pubertad. Es leal a sus amos y sólo se rebela en casos de legítima defensa; es tan amante a su tierruca que se deja vender con ella como un siervo de la gleba. Es humilde y religioso hasta el fanatismo. Es honrado, pese a las calumnias que sobre este particular se acumulan sobre él. Si fuera ladrón tendría riquezas: el producto de sus robos. El indio es pobre como un mendigo; no tiene camisa que cambiarse y, muchas veces, no lleva camisa en el cuerpo.

Sus defectos están en su servilismo, en su cobardía, en su hipocresía; pero estos vicios son el producto del atavismo y de su